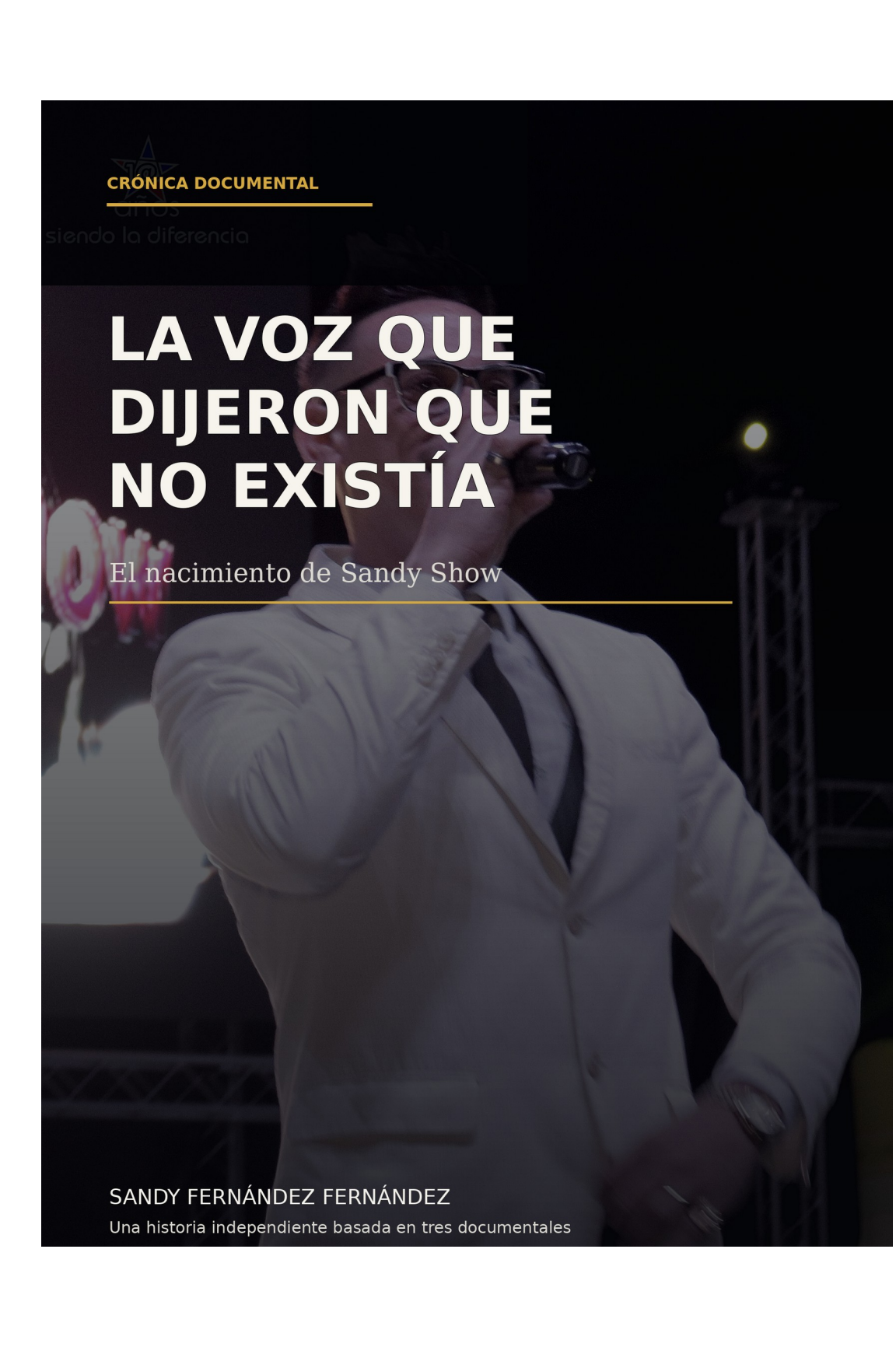




CRÓNICA DOCUMENTAL

siendo la diferencia

LA VOZ QUE DIJERON QUE NO EXISTÍA

El nacimiento de Sandy Show

SANDY FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ

Una historia independiente basada en tres documentales

LA VOZ QUE DIJERON QUE NO EXISTÍA

El nacimiento de Sandy Show

Sandy Fernández Fernández

Crónica documental independiente

NOTA EDITORIAL

Este libro es una obra independiente. No continúa, corrige ni sustituye el libro publicado anteriormente sobre Sandy Show Miami.

Su materia narrativa procede de tres piezas audiovisuales sobre la formación artística de Sandy Fernández Fernández, las transcripciones aportadas por el autor y su archivo fotográfico. Los diálogos y las frases entrecomilladas pertenecen a esos testimonios. La narración organiza los hechos con recursos literarios, pero no inventa acontecimientos para completar la historia.

El relato se concentra en un periodo específico: la llegada a CMKC Radio Revolución, la formación como actor y locutor, Pronto, Tropicana, Locomoción y la construcción pública del personaje Sandy Show.

El día en que le dijeron que nunca sería locutor, Sandy Fernández ya llevaba tiempo hablando por la radio.

No fue una metáfora ni una de esas frases que después se exageran para hacer más dramática una historia. Ocurrió delante de un jurado, durante una prueba destinada a decidir quién tenía condiciones para formarse profesionalmente. Sandy llegó con horas de estudio, programas realizados y la convicción de que aquella puerta solo necesitaba abrirse de manera oficial. Salió con una sentencia: no tenía condiciones vocales; nunca sería locutor.

Durante unos segundos debió parecer que todo lo anterior había sido un error. Las tardes en CMKC Radio Revolución, las presentaciones, los saludos, la rapidez aprendida frente al micrófono, las correcciones recibidas, la disciplina de llegar a la emisora cuando otros se marchaban. Nada de eso cabía dentro de aquella evaluación. Para el jurado, la voz que ya conocían los oyentes no calificaba como voz de locutor.

“Nunca vas a ser locutor.”

Años después, cuando el público lo identificaba en la calle y repetía las frases de Sandy Show, aquella escena podía contarse casi como una anécdota victoriosa. En el momento, sin embargo, fue una herida. No era la primera vez que un camino se volvía estrecho frente a él ni sería la última. Lo que hizo entonces explica casi todo lo que vino después: no discutió con el destino; empezó a entrenarlo.



En CMKC Radio Revolución: la práctica diaria antes del reconocimiento oficial.

Mucho antes del micrófono, la vida pública había aparecido ante sus ojos desde la distancia. Era un niño de once, doce o trece años que aprovechaba los veranos para acercarse a las fiestas del oriente cubano. En aquellos tiempos resultaba más fácil entrar, mirar, aprender sin que nadie preguntara demasiado. Visitaba espacios como El Habanero y Paraíso, en el complejo cultural Heredia, y observaba las luces, los presentadores, la forma en que una persona podía apoderarse de un escenario sin tocar físicamente a nadie.

A veces se organizaban competencias de animación. Sandy imitaba lo que veía y se lanzaba a presentar. No tenía todavía un proyecto artístico. Su mundo era el deporte. Venía de una familia marcada por la actividad física, por la preparación y por la idea de que el cuerpo debía responder a una disciplina. Aquellas intervenciones eran juegos de muchacho, pequeñas incursiones en un territorio que parecía ajeno. Sin embargo, el escenario ya estaba haciendo su trabajo: le estaba enseñando que la energía de una multitud también podía conducirse.

La entrada verdadera al medio artístico ocurrió de una manera tan poco solemne que parece inventada. Una novia estudiaba en el programa de

trabajadores sociales y tenía autorización para organizar actividades. Sandy quería acompañarla. Para entrar, se hizo pasar por locutor. El engaño improvisado terminó produciendo una gala por el 14 de febrero. Allí varias personas le dijeron que tenía facilidad para comunicarse. Él respondió que era deportista, que aquello no era lo suyo. Pero la observación quedó sembrada.

Más tarde, la misma joven insistió en que la acompañara a un casting de televisión. Sandy no quería ir. Cedió para poner fin a la insistencia y llegó a Tele Turquino sin la menor intención de convertirse en artista. Mientras esperaba, comenzó a conversar con personas vinculadas a la radio. La conversación se prolongó, como suelen prolongarse las conversaciones cuando alguien posee un carisma que todavía no reconoce como herramienta profesional. Entonces apareció una pregunta sencilla: ¿por qué no vas a la radio?

La invitación lo llevó al Club Juvenil Generación, que se grababa los miércoles en CMKC. Allí lo esperaba una prueba que nunca olvidaría. Debía presentar la apertura de Tridimensional, uno de los espacios juveniles históricos de la radio cubana; introducir un tema de Tego Calderón y cerrar con una improvisación sobre el amor. No fue una prueba pensada para tranquilizar a un principiante. Era una forma de descubrir si podía organizar las ideas, sostener el ritmo y conservar naturalidad cuando no existía un guion que lo protegiera.

La superó. Comenzó a asistir a Generación y algo cambió. La radio tenía una cualidad distinta a la del escenario: el público no se veía. Del otro lado del cristal no había rostros que confirmaran si una frase funcionaba. Todo dependía de la imaginación, del sonido y de la capacidad de hablarle a una persona inexistente como si estuviera sentada enfrente. Para alguien que necesitaba sentir la reacción de la gente, aquel medio era al mismo tiempo fascinante y cruel.

Sandy decidió prepararse con la lógica de un atleta. Todos los días recogía boletines del noticiero que ya habían sido utilizados. Se los llevaba a casa y encendía la computadora. Con un micrófono rudimentario grababa informativos completos. Repetía nombres, titulares y transiciones. Para mejorar la articulación, colocaba un bolígrafo entre los dientes y volvía a leer. En la casa se acostumbraron a escucharlo hablar solo. En realidad

estaba creando el músculo de una voz que todavía no tenía reconocimiento oficial.



Una carrera que comenzó entre pruebas, cámaras y aprendizaje constante.

Dos meses después apareció Portal Joven. Le entregaron una sección relacionada con el chat y los saludos. También comenzó a participar en Tridimensional. Luego nació Pronto, un espacio veraniego que, en principio, no parecía destinado a convertirse en una institución juvenil. Sandy quedó asociado a los saludos. Durante un tiempo fue, como él mismo ha contado, el locutor de los saludos de CMKC. Aquello que podía parecer menor resultó una escuela precisa: leer nombres con rapidez, no equivocarse, mantener entusiasmo, improvisar cuando la información llegaba incompleta y evitar que una lista se convirtiera en un trámite muerto.

Pronto se fue construyendo alrededor de una energía que no se parecía a la radio tradicional. Salía los domingos, durante tres horas en vivo, y se anunciaba como un superespectáculo musical. Había artistas, juegos, premios, mensajes, llamadas y una música que se complacía prácticamente al instante. Los conductores hablaban con velocidad, se interrumpían, se

provocaban y se reían. Para algunos oyentes aquello era una revolución. Para otros, una herejía contra las reglas del medio.

La controversia formaba parte de su identidad. Los jóvenes lo seguían porque reconocían en el programa una manera de expresarse que se parecía a la calle. Los más ortodoxos criticaban la dicción, el vocabulario, la ligereza o la velocidad. Ado, la mente creativa que dirigía el espacio, entendía que esa tensión era precisamente la prueba de que Pronto estaba vivo. No aspiraba a fabricar una juventud de laboratorio. Quería que el domingo por la noche la radio tuviera pulso.

Los testimonios conservados en el documental de la época muestran algo que las estadísticas no alcanzan a explicar. En la calle, la gente describía Pronto como ameno, instructivo, loco, rápido y diferente. Algunos lo buscaban por las canciones; otros, por la posibilidad de participar. Había quien criticaba a los conductores y quien decía que quería ser como ellos cuando creciera. Un oyente podía encontrar amigos mediante los mensajes; una muchacha podía pedir música; un artista joven podía hablar de su proyecto. El programa era un punto de reunión sin necesidad de que todos estuvieran en el mismo lugar.

Después llegó el público al estudio teatro. La radio cubana había abandonado en gran medida aquel formato porque mantener personas sentadas escuchando música grabada y voces podía resultar arriesgado. Pronto empezó con tres asistentes. Luego fueron siete, diez y, finalmente, tantos que no había espacio. El programa incorporó participación, peticiones, movimiento y karaoke. Sin buscarlo de manera académica, estaba construyendo una especie de talk show radial para jóvenes.

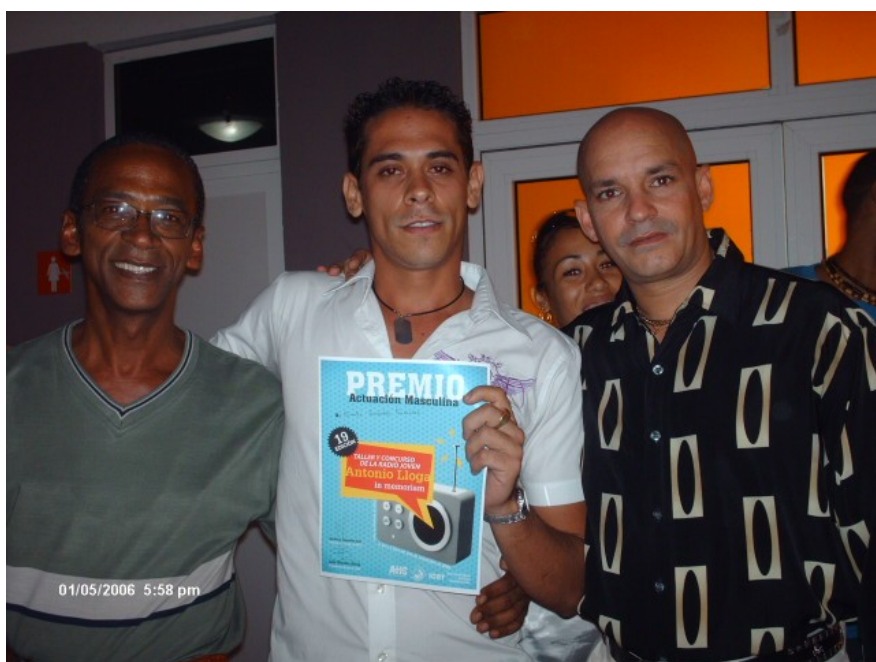
Sandy comprendió que el cristal podía abrirse. La radio y el espectáculo no tenían que ser mundos separados. La experiencia directa con el público podía entrar en la cabina, y la precisión del micrófono podía trasladarse al escenario. Ese descubrimiento sería decisivo. Mientras Pronto crecía, él sentía cada vez con más fuerza que no quería limitarse a ser una voz correcta. Quería convertirse en comunicador: alguien capaz de utilizar la actuación, el humor, la información, el cuerpo y el ritmo para llegar a públicos distintos.

“Pronto ha empezado a ser como una escuela.”

La negativa del primer casting de locución lo empujó hacia un camino inesperado. Como no lo aceptaron para formarse como locutor, se presentó a un curso de actuación. Ese sí lo aprobó. Lo que inicialmente pareció una desviación terminó dándole lo que le faltaba. El teatro le enseñó a proyectar la voz sin confundir potencia con grito. Le mostró que un texto podía tener intención, cuerpo, respiración y silencios. La radio, por su parte, le permitía jugar con los tonos. La combinación creó una naturalidad que no se aprende únicamente en un manual.

Se graduó con la obra *De tal hombre, tal mujer*. Pasó por el Laboratorio Teatral Palenque, vinculado al Cabildo Teatral Santiago, y trabajó en montajes como *En un solar* y *Fuenteovejuna*. También formó parte de experiencias teatrales con estudiantes de medicina de diferentes países latinoamericanos, dentro del grupo Sarambí. De esa etapa quedaron obras, festivales y premios. Quienes lo acompañaron recordaban su capacidad para entregar a los personajes un matiz pintoresco, una energía peculiar que podía resultar excesiva hasta que encontraba la forma exacta.

El cuadro dramático de CMKC fue otra universidad. Sandy llegó en un momento en que coincidían actores de la vieja escuela, figuras formadas en tiempos de *Tele Rebelde*, intérpretes de una generación intermedia y jóvenes con una sensibilidad más contemporánea. Escuchar, observar y trabajar junto a ellos permitió que aprendiera a construir personajes sin reducirlos a una voz rara. Cada personaje debía pensar, moverse y respirar de una manera propia, incluso cuando el oyente nunca pudiera verlo.



El reconocimiento del Antonio Lloja confirmó su crecimiento como actor radial.

En Objetivo X comenzó a asumir trabajos dramáticos. Luego llegó Caso Cadeca. La serie le entregó dos personajes muy diferentes: un rasta y Toñito, un enfermero con una identidad propia. En lugar de colocarles voces superficiales, Sandy los construyó desde adentro. Imaginaba cómo caminaban, cómo miraban al otro personaje y qué historia cargaban antes de entrar en escena. Mientras dialogaba frente al micrófono, no veía al actor que tenía delante; veía al personaje que su imaginación había levantado.

PREMIO

Actuación Masculina

a: Sandy Fernández Fernández

19
EDICIÓN

TALLER Y CONCURSO
DE LA RADIO JOVEN

Antonio Lloga
in memoriam

Dado en Santiago de Cuba

Alcides C. González Díaz
Presidente de Santiago de Cuba

Luis Morlote Rivas
Presidente Nacional AHS

a los 11 días del mes de septiembre de 2009

AHS
asociación hermanos salir



ICRT

Dirección Provincial
de Cultura
Santiago de Cuba

Premio de Actuación Masculina, XIX edición del Antonio Lloga in Memoriam.

El resultado fue el Premio de Actuación Masculina en el Festival y Concurso de la Radio Joven Antonio Lloga in Memoriam. La misma voz que había sido considerada inadecuada para la locución obtenía reconocimiento como instrumento dramático. No fue una revancha

pública. Fue algo más útil: la confirmación de que el rechazo inicial no había descrito sus posibilidades, apenas la opinión de un momento.

Continuó trabajando en dramatizados y llegó a escribir *El Mejunje*, espacio humorístico transmitido los domingos. En teatro participó en *El Conde Drácula tiene sida*, *El paraíso no existe* y *Pescado nuestro de cada día*, entre otros proyectos. La Asociación Hermanos Saíz, a la que pertenecía desde 2008, respaldó parte de ese recorrido y facilitó encuentros, festivales y una participación en la Romería de Mayo. A los ojos de quienes lo presentaron en el programa *La Escalera*, ya era un joven creador difícil de encerrar en una sola categoría: actor, locutor, deportista, animador y miembro de la vanguardia artística.

Pero la historia del espectáculo todavía no había comenzado de verdad.



El teatro aportó proyección, cuerpo y verdad a la voz.

La oportunidad apareció a través de una campaña realizada en el Meliá Santiago. El grupo de Pronto preparó una intervención para motivar a trabajadores del hotel. En vez de recibir el pago en efectivo, pidieron conocer algunas instalaciones. Una de las visitas fue al Santiago Café. Allí actuaba una compañía llamada Ritmo Tropical. Sandy conocía a su director, Junior Ruiz, de otros espacios. Le confesó algo que llevaba

tiempo sintiendo: estaba cansado de hablarle a un cristal. Quería tener al público cerca.

Cuatro días después recibió una llamada. La compañía trabajaba al día siguiente en Tropicana. Sandy aceptó. En aquella presentación estaban un director reconocido de programas y espectáculos, y el gerente de Tropicana. Al terminar, el gerente hizo una propuesta inesperada: presentar el segundo show de Tropicana desde ese mismo sábado.

Sandy nunca había entrado a Tropicana.

La primera reacción fue advertirlo. No conocía el escenario, no sabía la dimensión del espectáculo ni había recorrido el lugar. Sin embargo, aceptó. Tenía una máxima que repetía para sí: la batalla no es el momento de aprender; es necesario haber aprendido antes. Cuando llegó y vio el tamaño del escenario, comprendió la verdadera dimensión del desafío. No bastaba con hablar bien. Había que llenar un espacio enorme, conducir músicos y bailarines, sostener la atención de turistas y cubanos, y conseguir que la palabra no pareciera pequeña frente a las luces.

Aquel primer espectáculo quedó en su memoria como uno de los momentos en que mejor se sintió sobre un escenario. Permaneció en el segundo show y, al mismo tiempo, comenzó a introducir dentro de Pronto elementos del espectáculo. Ado no frenó la mezcla. La estimuló. La radio se volvió más visual sin tener imágenes; el presentador comenzó a pensar cada intervención como una entrada escénica.



Tropicana: el salto de la cabina al gran escenario.

Cuando la presentadora principal de Tropicana quedó embarazada, le propusieron asumir el primer show. Para hacerlo debía prepararse en inglés y francés. El francés nunca fue su territorio cómodo. El día del debut, la luz del seguidor le golpeó directamente en los ojos. Sandy necesitaba ver al público, descubrir si una frase llegaba, sentir si la sala estaba en sus manos. La luz lo cegó y borró de su memoria buena parte de lo estudiado. Resolvió con las herramientas del teatro: respiró, reaccionó, improvisó y salió del momento difícil sin abandonar el escenario.

Esa noche confirmó una idea que repetiría durante años. El animador debe sentir que tiene al público en la mano. Si sale y no lo consigue, tiene que buscar recursos hasta alcanzarlo. Solo entonces comienza realmente el espectáculo.

La convivencia entre radio, teatro y cabaret siguió ampliando su formación. Realizó un curso de dirección artística junto a directores y figuras reconocidas de Santiago de Cuba. Allí aprendió a mirar la escena desde el otro lado: qué puede pedir un director a un actor, a un locutor, a un musicalizador; cómo se organiza un espectáculo; qué elemento está de más y cuál todavía falta. También estudió comentarismo deportivo, en

parte por el deseo familiar de que su presencia en la radio conservara un vínculo con el deporte.

Sandy aceptó aprenderlo. No porque quisiera abandonar la comunicación artística, sino porque entendía cada disciplina como una herramienta que más tarde podía poner al servicio de su propósito. Cuando alguien le decía que el perro tenía cuatro patas y caminaba por un solo camino, él sabía cuál era el suyo: comunicar. La actuación, la locución, el comentario deportivo, la dirección y la animación no eran caminos dispersos. Eran piezas del mismo lenguaje.

La obtención del título oficial de locutor volvió a convertirse en una carrera de obstáculos. Después del primer rechazo apareció un curso, luego la exigencia de un diplomado. Hubo pruebas con notas bajas, evaluaciones extraviadas y nuevas descalificaciones. Sandy trabajaba en la radio sin cobrar mientras sostenía responsabilidades familiares. Sus padres cumplían misión internacionalista y en la casa quedaban él y un hermano universitario. No se trataba solo de perseguir un sueño; había cuentas, comida y obligaciones que no desaparecían porque alguien quisiera convertirse en artista.

Finalmente completó el diplomado. Incluso la prueba final fue desaprobada inicialmente y tuvo que reclamarse. La revisión demostró que existía un error. Después de años trabajando ante un micrófono, por fin tenía un documento que decía que era locutor. El papel no creó la voz; apenas llegó tarde para reconocerla.

Al mismo tiempo, Tropicana atravesaba dificultades. El segundo show perdía público y los artistas buscaban otros espacios. La llegada del director Naín Velázquez Rodríguez abrió nuevas posibilidades. Naín conocía a Sandy como actor y comenzó a utilizarlo en galas y espectáculos culturales. Pero otra fuerza estaba creciendo en la ciudad: Locomoción.

Antes de entrar formalmente, Sandy ya observaba todo lo que hacía la compañía. Asistía a sus conciertos y fiestas, estudiaba la forma en que mezclaba DJ, luces, cuerpo de baile y animación. En una época en que la música house perdía fuerza y los espectáculos necesitaban reinventarse, Locomoción consiguió que el público no fuera un elemento pasivo. Enseñaba coreografías que después aparecían repetidas en otros lugares de la ciudad. Construía una identidad reconocible.

La entrada no fue inmediata. Sandy debía ganar espacio, adaptarse a un estilo que no era exactamente el suyo y demostrar que podía servir al concepto de la compañía antes de imponer su personalidad. Él prefería una comunicación cercana al stand-up comedy, más libre y verbal. Locomoción poseía una estructura definida, con cuerpo de baile, música, luces y momentos precisos para la intervención del animador. Aprendió a entrar en ese canal sin desaparecer dentro de él.



Locomoción terminó de pulir el personaje Sandy Show.

En el camino hubo proyectos paralelos. Uno de ellos utilizaba pantallas y luces inteligentes; otro se desarrolló en La Claqueta y fue conocido como Disco Life. Allí ocurrió algo decisivo. Cada vez que la gente preguntaba por Sandy, no utilizaba su apellido. Preguntaba: ¿dónde está Sandy Show? El nombre había nacido en la boca del público antes de convertirse en marca.

Sandy pensó en Níco Saquito, su bisabuelo, cuya obra había convertido la conversación popular y los dichos de la gente en música de alcance internacional. Si el público era quien mandaba, no tenía sentido discutirle el nombre. Sandy Fernández seguiría siendo el hombre. Sandy Show sería el personaje.

Ese personaje no apareció terminado. Locomoción lo pulió. La compañía le enseñó a animar fiestas, a entender la duración exacta de una intervención, a leer un público que podía cambiar de ánimo en segundos y a sostener la energía de una noche completa. Los martes en el Heredia, las

presentaciones para universitarios, las jornadas en San Pedro y los grandes conciertos fueron creando una presencia que ya no dependía de una emisora ni de un solo escenario.

La evaluación profesional para entrar de manera plena a Locomoción fue, paradójicamente, uno de los días más duros. Sandy sintió que el jurado no encontró nada rescatable en su trabajo. Las observaciones no se limitaron a corregir; lo hicieron sentirse aplastado. Terminó, agradeció y se marchó a llorar lejos. La carrera pública suele mostrar los aplausos, pero casi nunca conserva el momento en que una persona debe decidir si la opinión de un grupo será la última palabra sobre su vida.

“Cuando el público dice sí, usted teórico haga una reverencia, porque por algo será.”

Una semana después llegó una evaluación sorpresa de locutores. Surgieron nuevas trabas y hasta desapareció su expediente artístico. Sandy pidió revisar el expediente laboral, que estaba en otro departamento. Allí constaba que sí cumplía el tiempo requerido para ser evaluado. La irregularidad quedó expuesta. El expediente artístico reapareció. Un jurado que no lo conocía lo evaluó y aprobó.

La victoria no borró los documentos negativos ni las humillaciones, pero le entregó un aval profesional. Sobre todo, confirmó una idea que se había ido formando durante años: cuando el público dice sí, el teórico debería hacer una reverencia, porque por algo será. No era desprecio por la preparación. Pocas personas se preparaban con la obsesión de Sandy. Era una defensa de la realidad frente a los dictámenes que no conseguían explicar por qué la gente escuchaba, acudía, repetía y regresaba.

Las frases de Sandy Show nacieron de esa conexión. La música house empezaba a necesitar elementos nuevos. Se incorporaban referencias a dibujos animados y códigos que algunos entendían y otros no. Entonces aparecieron expresiones sencillas, muchas de ellas propuestas o completadas por el propio público. “Cómprense sus cosas”, “hay temporada de claria”, “hay problemas en Chechenia”, “a beberse hasta el agua de los floreros”, “rucurucú”. Las frases salían del escenario y regresaban transformadas desde la calle.

Durante mucho tiempo, Sandy había discutido la idea de que un locutor no debía hablar como la gente común. Los manuales defendían una distancia entre el profesional y la conversación cotidiana. Él miraba la historia de Níco Saquito y llegaba a una conclusión distinta. La cultura popular no era una impureza que debía esconderse; era materia artística. Hablar con la gente no significaba renunciar al conocimiento. Significaba saber cuándo utilizar un lenguaje elaborado y cuándo una frase sencilla podía atravesar mejor una sala.

También convirtió los saludos en parte central del espectáculo. Si llegaba una figura relevante de Santiago, un músico, un actor o cualquier persona que hubiera elegido pasar la noche en Locomoción, Sandy consideraba justo reconocerla. No quería que los invitados locales fueran invisibles mientras se exageraba la presencia de alguien con menor trayectoria solo por venir de fuera. El saludo era una forma de gratitud y, al mismo tiempo, una defensa de la ciudad.



La relación con el público convirtió el nombre en una presencia colectiva.

Sandy Show terminó siendo su personaje más logrado. Como ocurre con ciertos actores, el público comenzó a confundir la creación con el hombre. Sandy Fernández podía ser reservado, analítico, preocupado por la formación y por el futuro. Sandy Show debía salir con seguridad, provocar, improvisar y dominar el espacio. Compartían el cuerpo, la

memoria y muchas convicciones, pero no eran exactamente la misma persona.

El personaje creció hasta producir rumores. La gente inventaba historias sobre su vida íntima, su salud o sus relaciones. Lejos de interpretarlo únicamente como agresión, Sandy veía en aquellas versiones una consecuencia extraña de la idealización pública. Cuando una ciudad comienza a fabricar historias sobre alguien, significa que ese alguien ha entrado en su imaginación. La fama local no se mide solo por los aplausos; también por la cantidad de relatos que circulan sin permiso del protagonista.

Hubo noches en que caminar cuatro cuadras podía tomar una hora. La gente lo detenía para preguntar dónde habría fiesta, qué artista llegaba, qué ocurriría el fin de semana. Repetían sus frases, pedían fotos y buscaban en él una especie de mapa del entretenimiento santiaguero. Ese reconocimiento no había nacido de una campaña publicitaria. Se había construido durante años de radio en vivo, ensayos, espectáculos, errores, cursos, evaluaciones y domingos entregados sin garantía de pago.

Pronto seguía siendo el centro emocional de toda aquella historia. Era el programa de su vida. Allí había aprendido a reaccionar, a escuchar y a confiar en la inteligencia de Ado, quien podía sacar una idea inesperada en cualquier momento del programa y elevar el ritmo. Trabajar con él significaba mantenerse en tensión. Cada emisión era una clase en tiempo real.

Ado también respaldó a Locomoción y participó desinteresadamente en aniversarios y espectáculos. Veía en la compañía una expresión del presente y el futuro de la ciudad que había decidido no abandonar. En 2015, su muerte dejó un vacío creativo y humano. Sandy y el resto del equipo intentaron mantener Pronto. La dirección de la emisora concluyó finalmente que el programa ya no cumplía los objetivos previstos y decidió sacarlo del aire.

Sandy no estuvo de acuerdo. Creía que Pronto conservaba algo que la radio necesitaba con desesperación: la atención de los jóvenes. Si los medios perdían ese vínculo, después no podían sorprenderse de que las nuevas generaciones dejaran de escuchar. Cuando el programa terminó, decidió salir también de la emisora. Ocho años de domingos, voces, saludos y experimentos quedaban detrás.

No fue el final de una carrera. Fue el cierre del taller donde se había fabricado Sandy Show.

Al mirar las fotografías de aquellos años, puede verse el proceso. En unas aparece muy joven, sentado frente a papeles en CMKC, con una gorra roja y la concentración de quien todavía busca que cada palabra salga limpia. En otras está delante de una cámara o sostiene el reconocimiento del Antonio Lloga. Después llega Drácula, el vestuario de teatro, el escenario de Tropicana, las luces, la chaqueta blanca, Locomoción y una multitud que ya conoce el nombre.

Las imágenes no cuentan por sí solas las negativas. No muestran el bolígrafo entre los dientes, los boletines viejos, el expediente que no aparecía, las veces que tuvo que reclamar una evaluación ni el instante en que lloró después de sentirse destruido por un jurado. Tampoco registran las noches en que salió de un cabaret para estudiar al día siguiente o los programas realizados sin salario. Esa parte vive en la voz de los documentales y en la memoria de quienes estuvieron allí.

“El talento es noventa y nueve por ciento estudio y un solo por ciento de talento.”

Quizá por eso este relato no es la historia de un triunfo repentino. Es la historia de una contradicción sostenida durante años. Un hombre al que dijeron que no tenía voz terminó siendo reconocido precisamente por su manera de hablar. Un deportista que llegó por casualidad a un casting convirtió la preparación física en disciplina artística. Un actor que entró a un curso porque lo rechazaron como locutor terminó utilizando el teatro para convertirse en mejor comunicador. Un nombre nacido en la calle acabó separándose del apellido y transformándose en personaje.

Sandy repetía que el talento era noventa y nueve por ciento estudio y apenas uno por ciento talento. No lo decía como una frase motivacional vacía. Lo vivía. Caminaba por la calle hablando solo, ensayando entrevistas, presentaciones y situaciones que todavía no existían. Imaginaba conversaciones con músicos y artistas. Preparaba espectáculos que quizá nunca llegarían a realizarse. Cuando finalmente aparecía una oportunidad, parecía improvisación. En realidad, era memoria entrenada.

Esa es la parte que el público rara vez ve. La naturalidad es una construcción. El carisma puede ser un don, pero sostenerlo durante años exige técnica. Una frase popular necesita ritmo. Un saludo debe entrar en el instante correcto. Una improvisación solo funciona si debajo existe una reserva de lecturas, experiencias y referencias. El hombre que parecía salir a divertirse había pasado buena parte del día preparándose para que la diversión no se derrumbara.

En la última imagen de esta historia no hay un jurado. Tampoco un diploma. Hay un escenario abierto y una multitud frente a él. Sandy Show levanta el micrófono y el público responde. La voz que dijeron que no existía ya no necesita permiso.



Sandy Show: la voz, el personaje y el escenario.

FUENTES DE ESTA OBRA

- Tres piezas audiovisuales de archivo sobre Sandy Fernández Fernández, CMKC Radio Revolución, Pronto y la construcción artística de Sandy Show.
- Transcripciones completas aportadas por el autor en julio de 2026.
- Archivo fotográfico personal de Sandy Fernández Fernández.
- Documentación del Premio de Actuación Masculina del Festival y Concurso de la Radio Joven Antonio Lloga in Memoriam.